

UNA VENGANZA.

A FRANCISCO PEÑA.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!
QUINTANA.

I.

La hermosura es don fatal, dijo una vez un poeta, haciendo acaso reminiscencia del verso del gran Quintana que hoy me serve de epígrafe.

Es más temible la venganza de una mujer que la de cien hombres juntos, ha dicho no me acuerdo quién, y si os tomais la molestia de leer esta breve historia, os convencereis de la verdad de ambos pensamientos.

Elda era una jóven que reunia á una belleza no comun una inteligencia privilegiada.

Sus ojos recordaban el inimitable madrigal de Gutierre de Cetina, eran claros y serenos; pero aunque su mirada era dulce, siempre negaban sus favores.

Elda, sin ser presumida, abrigaba, en mi concepto, la idea de que si hubiera mirado á los hombres con toda la ternura de que eran capaces sus lindos ojos, sus víctimas habrían sido innumerables. Así, revestia sus miradas de cierta frialdad parecida á la indiferencia; pero frialdad afectada, que no podia caber en una alma de quince años; en esa edad en que cada latido del corazon es un himno de amor, una nota del cielo.

Una voz interior decia á Elda, que no hay ventura en el mundo sino en amar y ser amado. Comprendia que cada hora de la vida que pasa, sin la dulce emocion que el alma siente al escuchar que hay ojos que no buscan sino nuestras miradas, lábios que no esperan sino unirse á los nuestros, y pensamientos consagrados á solo nuestro cariño,

es una hora perdida lamentablemente, porque los instantes de la juventud pasan como los sueños, y pasan para no volver. Pero Elda no habia amado con aquel amor que todo lo avasalla, y podia aún dominar sus sensaciones que comenzaban á despertar, distrayéndose con la lectura de luenos libros y reflexionando mucho.

Acaso por esta razon, los que no la conocian sino de vista, la creian vanidosa y atribuian á frialdad lo que no era sino una medida precautoria, permítaseme la frase.

No quiero hablaros de su diminuta boca, que mas de un poeta habria llamado nido del amor; tampoco os hablaré de su blanca frente, ni de sus cejas, que con justicia podian tomarse por los arcos de que el amor se sirve para disparar sus flechas. Dejemos, pues, su talle esbelto, olvidemos su blonda cabellera, y fijémonos en las dotes de su alma.

Elda habia sido educada con esmero, y bastaba tratarla una vez sola para comprender que no podia confundirse con esa turba de casquivanas que solo saben leer las revis-

tas de los bailes á que concurren, por oirse llamar reinas. Recuerdo que una noche la encontré en una reunion familiar, en que la diversion consistia en concierto y baile. Aprovechando la oportunidad de que no quiso aceptar por pareja á un calavera que queria acompañarla en un wals, me aproximé á ella:

—¿No valsa vd., Elda? le pregunté.

Estoy algo fatigada, me respondió; además, no es el baile mi pasión favorita.

—Disgustará á vd. ir en brazos de personas que no le simpatizan; le cansará escuchar toda esa palabrería que forma el repertorio de los danzantes, y no querrá vd. oír las declaraciones de un amor que concluye con la última nota de la música.

—El baile me dijo Elda, desentendiéndose de mis palabras, es uno de los entretenimientos de la sociedad, y preciso es no apartarse del todo de las costumbres; pero creo no debe tomarse con ese calor y entusiasmo con que lo toman las gentes que parece que quieren aturdirse para no pensar en nada.

—En efecto, repuse, yo creo que el baile fué inventado para las coquetas y los calaveras. Increíble me parece que personas no vulgares tomen parte en una danza.

—Para los enamorados nada hay mejor que el baile, según me han contado

—Para los enamorados, Elda, que desconocen y no comprenden el encanto que encierra un amor de que no se hace alarde; para los que no gozan sino ostentando á la mujer que dicen amar, y parece que quieren pregonar sus triunfos; para esos no creo que haya teatro mas á propósito que un salon de baile; pero para el que haya un mundo de amor, un paraíso de felicidad en escuchar á solas una voz querida, en estrechar una mano blanca que no comprime otro, para el que siente ese noble y puro egoísmo que Byron tradujo en sus magníficos versos; para esos, Elda, el baile no es otra cosa mas que una farsa.

—No me parece exagerado ese lenguaje; pero ¿me permitirá vd. que á fuer de buena amiga le dé un consejo?

—Mucho lo estimaria, y prometo cumplirlo religiosamente.

—Pues bien; el baile es la locura, la manía de la época; y, ¿se atreveria vd. á entrar en discusion con un demente que se creyese emperador, para probarle que no lo es? Amigo mio, los que bailan se creen felices y se compadecen de los que no gozan de esa manera. Acate vd. una costumbre adoptada, si no quiere que le tengan por loco los que deveras lo están.

Esta conversacion, trasladada fielmente, es dar á conocer el carácter de Elda.

Así era Elda cuando yo la conocí, y os confieso con ingenuidad que mas de una vez soñé con que su amor podia llenar la ambicion constante de mi vida: así la conocí; pero acontecimientos que no están ligados en nada con esta historia, me alejaron de ella, sin que llegara á realizarse nunca ese ensueño.

Así era Elda..... despues..... seguid leyendo, y vereis lo que puede el tiempo.

II.

Las amistades suelen ser peligrosas, por mas que sin ellas no pueda uno pasar la vida. Necesita el alma, por reservada que sea en sus afectos, encontrar otra alma para compartir con ella los goces y las penas de la existencia.

El hombre no comprende el placer que experimenta sino cuando ve sonreir al que le escucha una confidencia, así como no cree soportar una pena sin un amigo que le consuele y acompañe.

Y es que, por mas que la ingratitud, la doblez y la indiscrecion, hubiesen conspirado tanto en contra de la franqueza y lealtad

de la amistad, todavía el corazón no acierta á ser tan egoísta como ya debería serlo.

Elda, como todas las jóvenes de su edad, tenía muchas amigas; pero, como sucede siempre, una era la que merecía toda su confianza, la que le inspiraba más cariño, y á quien creía más sincera.

Esta amiga era de mayor edad que Elda, y se llamaba Matilde.

No era tan hermosa como Elda, ni tan inteligente; pero en cambio había vivido más y frecuentado la sociedad. Así, tenía bastante atractivo, pues no le faltaba malicia, ni ignoraba los recursos de que puede valerse una mujer para atraerse adoradores.

Matilde tenía un defecto grave: había leído muchas novelas, y pocos libros de verdadero mérito. Las intrigas en amores le causaban viva ilusión; las grandes pasiones la impresionaban, y su sueño más hermoso era tener oportunidad para realizar en la vida alguno de los muchos planes que su imaginación había forjado.

También tenía otro defecto Matilde: sus

padres la habían mimado tanto, que no sabía lo que era sufrir una contradicción. Sus amigas nada de esto ignoraban, y todas sus acciones se dirigían á evitarle un disgusto.

Las reuniones en la casa de Matilde se sucedían con frecuencia; sus padres no excusaban medio alguno para tenerla siempre contenta.

Esta era la amiga íntima de Elda.

Os parecerá algo raro que dos caracteres opuestos se hubiesen comprendido de tal modo, que una sincera amistad ligase ambos corazones. Muchas veces me hice yo esta pregunta: ¿podrá Matilde querer tanto como lo demuestra á Elda, cuya hermosura deslumbradora ha de distraer sin duda á los que atraídos por la gracia pudiesen llegar á amarla á ella?

Esta duda tenía muy fácil explicación. No se ocultaba á Matilde que Elda era tenida por orgullosa, y por fría. No ignoraba que la dignidad y el amor propio alejan al hombre de la mujer de quien se teme un desden, y tampoco dejaba de comprender que

muchas veces no es la mas hermosa, la mas solicitada; porque la simpatía y la gracia vencen á la belleza no pocas ocasiones.

Las dos amigas, hasta la época á que se refiere mi relato, no se habian hecho una confianza verdaderamente importante; no habian entrado en la plenitud de la vida juvenil; cada una tenia sus admiradores, y no les faltaban algunos de esos jóvenes que arrostran hasta el ridículo por hacer comprender que aman.

Ni á Elda ni á Matilde faltaban *osos*.

Abundan tanto esos *entes*, que hubiera sido verdaderamente notable que dos jóvenes como aquellas no tuviesen, mañana y tarde, algunos pollos para divertir al vecindario, al hacer su cuarto de centinela desde la puerta de la tienda mas cercana á la casa de su amada.

Tenian *osos*, es verdad; pero no tenian novios.

Elda, como que era una jóven de talento, no se vanagloriaba de tener semejantes apasionados, y aun reprochaba la idea, tan co-

mun en las jóvenes del día, de comenzar por dejar en ridículo á sus amantes, y no estar ciertas de su amor, sino despues de haber dado un espectáculo poco digno por cierto y durante largo tiempo. Así, en sus frecuentes visitas á Matilde, jamás le habló de los *osos* que *infestaban* su calle.

Matilde, que como os he dicho, no carecia de malicia, atribuía el silencio de su amiga á una reserva reprochable, pues nacía, acaso, de falta de fé.

Tal sospecha era infundada; ¿pero quién disuade á una mujer, que cree que se pretende ocultarle : alguna cosa?

Matilde se propuso vengarse de su amiga, guardando con ella igual reserva.

Una explicacion entre ambas hubiera evitado todos los sucesos que vinieron despues, y que voy á referiros.

III.

Entre los jóvenes que concurrían á las tertulias de la casa de Matilde, habia un estudiante de medicina que, segun todas las apariencias, estaba enamorado de la niña de la casa, y se llamaba Fernando.

Matilde, aunque no habia escuchado una declaracion formal de Fernando, sin embargo, estaba segura, por las preferencias de que era objeto, por las miradas, por ciertos rasgos de celos y exigencias del estudiante, de que la amaba, y mas de una vez atribuyó las palabras entre cortadas de Fernando, al preludio de una manifestacion franca de sus afecciones.

El estudiante de medicina no podia, por la frialdad natural de su carácter, áspero algunas veces, llenar las aspiraciones del alma de Matilde, que parecia templada al sol de los trópicos. Además, Matilde era una de esas personas, no pocas por cierto, que creen que el estudio de la medicina debilita el fuego de las pasiones espirituales, por el constante roce en la materia. Matilde abrigaba el convencimiento de que los ojos de los médicos les presentan á la mujer mas hermosa con todas las afecciones de que puede adolecer el cuerpo humano. El materialismo, llevado á su expresion suprema, estaba para Matilde representado en un médico.

Y sin embargo de todas esas ideas, para Matilde no era indiferente Fernando. Habia soñado que se obraría una reaccion completa en el espíritu del estudiante, y que dominado por la pasion que ella le habia inspirado, llegaria á ser una excepcion de la regla.

Oir soñar á un poeta, se decia Matilde, vagar con él por mundos imaginarios, estu-

diar el lenguaje de las flores y creer que aun las estrellas se besan, esto nada tiene de raro. Pero borrar de la imaginacion de un médico los asquerosos espectáculos que su ciencia le ofrece á cada paso; ser el ídolo de una persona sin fé; hacer soñador á un materialista; lograr todo esto, era para ella una conquista de que debía enorgullecerse cualquiera.

Matilde, como antes dije, habia leído muchas novelas, y todo lo que se aparta de lo comun, todo lo que encierra un misterio, lo que causa emociones encontradas, tenia para ella un atractivo irresistible.

Pero habia una razon todavia mas poderosa para que Matilde no fuese indiferente á las insinuaciones de Fernando.

El estudiante era, entre los jóvenes que la visitaban, el que mas probabilidades ofrecia de poder arrostrar todas las consecuencias del amor; es decir, podia casarse antes que cualquiera de los otros; y Matilde, aunque no rabiaba por casarse, queria, cuando me-

nos, tener un novio, y un novio en quien la sociedad reconociese á un futuro esposo.

En todo esto habia pensado Matilde, pero sin revelarlo á Elda.

La frecuencia con que las dos amigas se visitaban, hizo que Fernando tuviese ocasion de admirar la belleza de Elda, y de valuar su indisputable mérito, superior con mucho al de Matilde.

Comenzó por hacer, con gran calma, comparaciones entre una y otra jóven, y excusado parece decir que obtuvo la supremacia Elda. Su encanto era irresistible, su voz melodiosa, sus miradas como el brillo de una estrella.

Su alma..... debía ser tan bella como su cuerpo; y aun cuando no lo fuese, en los momentos en que un corazon se incendia al contacto de esa chispa misteriosa desprendida de los ojos de una beldad, ¿no creemos adornada á la mujer que amamos de todas las perfecciones y de todas las virtudes? ¿No pensamos que hemos descubier-

to un tesoro; que nada hay comparable á ella, y que sin su amor no hay felicidad ni aun existencia posible?

Todo esto pasaba á Fernando.

IV.

El estudiante de medicina vió desaparecer hasta la última ilusion que Matilde le habia inspirado. Las comparaciones son odiosas, como decia cierto amigo mio, porque no todos resisten á esa prueba; y de las comparaciones de Fernando nació el triunfo de Elda y el abandono de su amiga.

Fernando, sin embargo, no se alejó de la casa de Matilde, porque pensó que en ninguna parte podria, mejor que allí, conquistar el amor de Elda.

Este solo hecho basta á demostrar el poco mundo del estudiante. Se necesita no conocer á la mujer, para creer que aquella á

quien se ha hecho esperar una declaracion, pueda dejar de vengarse al desvanecerse sus esperanzas, y sobre todo al sentir su amor propio herido por la preferencia que se ha dado á otra.

Fernando comenzó por acompañar á Elda cada vez que se sentaba al piano, con el objeto de voltear las hojas de las piezas.

Después acompañaba á Elda cuando se retiraba de sus visitas.

Mas tarde ya eran novios.

Ignoro los pormenores de esas relaciones; pero os aseguro que me sorprendieron cuando llegaron á mi noticia.

Yo conocia á Elda; sabia que era una jóven de talento y que no era coqueta, y me llamaba fuertemente la atencion que hubiese podido corresponder al estudiante de medicina, en quien nadie reconocia otras dotes que alguna aplicacion en el estudio y seriedad en sus acciones. Pero ni la imaginacion brillante, ni la ternura, ni nada de eso que tanto halaga la vanidad femenil, podia encontrar Elda en Fernando. Sin embargo,

ya eran novios, y con el conocimiento y aprobacion de la familia de Elda.

Podreis sustraeros á las pesquisas de la policia mejor organizada del mundo; podreis burlar la vigilancia de los empleados de la aduana mejor cuidada; pero nunca lograreis evitar que sepa hasta la mas insignificante de vuestras acciones, una mujer celosa ó herida en su amor propio, y que pretenda vengarse.

Para Matilde no eran un misterio las relaciones de Elda y de Fernando, ni hubieran podido serlo nunca, porque es mas fácil ocultar un crimen que el amor.

• En vano esperó una confidencia de su amiga.

Esto la enojó; pero lo que hizo estallar su indignacion, lo que la hirió en lo mas delicado de su corazon, fué el creer que los dos amantes tomaban por pretexto su amistad para verse con frecuencia.

Este papel repugnó á Matilde de una manera tan grande, que juró vengarse.

—Si al menos hubiesen sido leales conmigo, pensó Matilde, yo no solo no pondria

CAPILLA ALFONSO

obstáculo alguno á su felicidad, sino que sería generosa para perdonarlos. A él, porque con ese amor me ha humillado; á ella, porque una mujer no debe corresponder á un hombre que hace la corte á una amiga suya. Pero ellos lo quieren, me retan y me colocan en un terreno bastante ventajoso. Sobradamente hermosa es Elda; poca dificultad me costará vengarme de ella; aliadas me sobrarán; me confundiré, es verdad, con algunas envidiosas, pero no importa. Fernando confieso que es poca la gloria que puede resultarme de esta venganza. Fernando no es un hombre de talento ni de mucha sociedad, y sobre todo, es médico. Su profesión vá á ser un auxiliar mio, poderoso, como no me habia imaginado.

Así pensaba Matilde, y llegando hasta la fiebre de la mujer indignada, se decia: Estoy yo en pleno teatro; tiempo hacia que anhelaba una lucha que distrajese la monotonía de una existencia consagrada á los tonos entretenimientos de esta sociedad, que solo está buena para las personas vulgares.

La venganza de Matilde era temible.

La lectura de las novelas habia exaltado su imaginacion, y habia en ella un fuego capaz de producir un gran incendio.

Y de la misma manera que á ella le habian ocultado las relaciones nacidas en su propia casa, allí quiso tambien que tuviese lugar toda la historia que os estoy refiriendo.

No solo no manifestó sentimiento alguno á Elda ni á Fernando, sino que se fingió más amable y franca que nunca, para hacerse menos sospechosa.

Poseen las mujeres el don de fingir, de una manera tan perfecta que son capaces de engañar al hombre mas experimentado, y aun á sus mismas compañeras.

Sin estudio, por instinto natural, hacen cosas que nosotros los hombres no podriamos realizar despues de largo tiempo de meditacion y de cálculo.

Matilde tenia en su favor una circunstancia de que habia de sacar gran partido. Conocia á fondo el carácter de Elda; sabia que

era una joven de inteligencia, de no vulgares conocimientos, y por consiguiente de ambiciones elevadas. Tampoco se ocultaba á Matilde que no tiene la mujer enemigo más poderoso que su belleza, y que aun la de más talento puede llegar á presumir mucho de su hermosura.

En cuanto al estudiante, sabia que con poco podia exaltarse su carácter áspero, y echar por tierra, él mismo, el templo de su gloria. Matilde entró á la lucha llena de confianza.

V.
—Con ansia te esperaba, Elda mia; no sé por qué me parece que de algun tiempo á esta parte tus visitas han disminuido: será porque cada dia te quiero más, y con mi cariño crece mi egoismo.

—No, Matilde, no he escaseado mis visitas; sabes que te prefiero entre todas mis amigas.

—Bien; pues ahora, aprovechando el estar solas, quiero cumplir, como buena amiga, dándote una gran noticia. Se ha realizado el sueño mas hermoso de mi vida; te voy á ver adorada como mereces; tu nombre vá á resonar por todas partes; tu hermosura vá á ser cantada por un poeta que te ama, y